

TRANSFORMADOS PARA TRANSFORMAR

28 DE ENERO 2018

POR: REV. JAVIER ULLOA C.

SHALOM: DEMOS RAZÓN DE NUESTRA EXPERANZA
HECHOS 1:1-11

18° ANIVERSARIO

Dios hasta hoy nos ha acompañado, después de 18 años de vida como iglesia organizada. Recordamos cómo, con el apoyo de la iglesia bautista Jerusalén, se convocó a iglesias hermanas para formar un Concilio, quien nos pidió que diéramos testimonio sobre nuestra fe y nuestro compromiso con el Señor Jesús y su obra; y tras haberlo hecho, niños, jóvenes, adultos y ancianos, fuimos constituidos como una iglesia. Los que eran niños en ese año, ahora son todos unos jóvenes, algunos ya se casaron y hemos tenido el privilegio de presentar a algunos de sus hijos e hijas. Otros hemos madurado aquí, y hemos comprobado que el Señor nos ha acompañado en tiempos muy buenos, como en otros no tanto. Si duda, lo más doloroso, ha sido el tener que despedir a algunos hermanos y hermanas que han sido llamados por el Señor a su presencia. Así es la vida de una iglesia que vive alabando y llorando; orando y sosteniendo; proclamando y sufriendo; enseñando y perdonando; recibiendo y dando. Ha sido un largo caminar y bendecimos al Señor por su compañía y fiel sostenimiento. Pero también es tiempo para preguntarnos: ¿Qué más quieres el Señor de nosotros? ¿A qué desafíos nos estas llamando a realizar? Pero, sobre todo, nos preguntamos: ¿Cómo habremos de emprender estos compromisos y desafíos? Lo que si debe quedar claro, es que no podemos permanecer como estamos; si bien, hay cosas muy valiosas que debemos conservar, cuidar y proteger, hay otras que tenemos que renovar, otras que dejar atrás, y muchas otras empezar a realizarlas ya.

Todos nosotros tenemos compromiso en nuestras vidas y para llevarlos a cabo requerimos desarrollar capacidades y destrezas. Si una tarea no se puede cumplir porque no sabemos cómo hacerla o nos rebasa la demanda, entonces, buscamos capacitarnos o la dejamos a un lado. De la misma manera, en la vida de una iglesia, tenemos compromisos que cumplir y necesitamos desarrollar las capacidades para llevarlas a cabo. Ya sea que se trate de adorar, o de edificarnos, o de servir, o de proclamar, o de llevar a cabo nuestra misión, necesitamos aprender a desarrollarlos, de recibir la sabiduría y el poder para hacerlo. El relato de la ascensión de Jesús ya no es, como aparece al final del evangelio de Lucas, la solemne conclusión de su ministerio

terrenal, sino el punto de partida de una nueva historia, de los comienzos de la iglesia impulsada por el Espíritu Santo. Ya no es el gesto de bendición del Jesús que se va (Lc.24:51), sino su imperativa palabra, que va a marcar el futuro de sus discípulos y de toda su iglesia. Por eso, es que el Espíritu Santo juega un papel decisivo en esta nueva realidad, y por lo tanto tiene que significar y hacer en nosotros y de Shalom una vida diferente siempre.

CON EL CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA

El cumplimiento de la promesa hecha por Jesús a sus seguidores, significaba que el Espíritu Santo sería derramado en un bautismo glorioso, en un Pentecostés de poder. Jesús lo había anunciado antes de su muerte, en el último discurso que pronuncia y que es recogido por el apóstol Juan en los capítulos 14 al 16 de su evangelio. De manera que el Espíritu Santo es el representante de Cristo que nos consuela y nos llena de poder para cumplir con el encargo que nos ha dejado: anunciar y construir su Reino en toda la tierra. El Espíritu Santo viene cuando Cristo se va, viene para ocupar su lugar en la vida de sus discípulos, para hacer de ellos una comunidad de fe que reproduzca las mismas palabras y acciones de Cristo, y con su mismo poder. Él lo había prometido al decir: “Las cosas que yo hago ustedes las harán, y aún mayores harán porque yo voy al Padre”. “Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad, porque no hablará por su propia cuenta. Sino que hablará todo cuanto oiga y os hará saber todas las cosas que habrán de venir. El me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío por eso dije que tomará de lo mío y os lo hará saber” (Jn. 16: 14. 15). Después, de aparecerse cuarenta días a sus discípulos y de hablarles de su Reino, les pide que aguarden el cumplimiento de la promesa de Dios, la cual ya habían oído salir de sus labios. No es con el poder del ritual, ni el de las ceremonias, ni siquiera el de la tradición como habrán de salir victoriosos en su compromiso de fe. Juan el Bautista había bautizado con agua, como señal de arrepentimiento, pero esto no era suficiente, hay un bautismo que solo viene de lo alto: “el bautismo de la promesa” Había que esperar, ya que no podrían emprender ningún trabajo público, sin la intervención de Dios llenándoles de su poder para cumplir con cabalidad y entereza su tarea. Nosotros ganaríamos más poder, valor y paz, si aprendemos a esperar que Dios hable y nos mueva a actuar porque: “los que esperan en Jehová tendrán nuevas fuerzas” (Is.40:31) Hay que aprender, que en medio de la creciente actividad de nuestras vidas personales, familiares y como iglesia, debe haber siempre un lugar y un tiempo para una sabia espera de la revelación de Dios. En medio de todas las luchas debe haber un momento para recibir, para que antes de que nos confrontemos con nuestros compromisos ante el mundo, nos confrontemos con el Espíritu de Dios para que nos de su aliento, sabiduría y fortaleza, a fin de que los resultados de nuestro hablar, como de nuestro actuar sean siempre de bendición y vida. ¿Cuántas caídas sufrimos por nuestra impaciencia y por adelantarnos a que Dios nos hable y nos llene del fruto de su Espíritu, a fin de que nuestras palabras, gestos y acciones se conviertan en frutos de gloria y redención para todos? “Oh Señor, enséñanos a esperar en ti”.

CON EL PODER DEL ESPÍRITU

Los discípulos no predicaban con un libro en la mano, sino con su experiencia con Jesús y con el poder de su Espíritu. Actuaban de acontecimiento en acontecimiento: orando, esperando, experimentando, proclamando, bautizando, sanando, respondiendo ante acusaciones, testificando, confirmando, orientando, sufriendo y venciendo. Pero todo esto fue posible, porque les fueron desprendidos de sus ojos el arrobo por un glorioso pasado, y fue puesto frente a ellos un compromiso de expectación, testimonio y esperanza. Expectación por la promesa del Espíritu Santo, que por la fe habría de llenar de significado todas sus vidas. Testimonio vivo en sus pueblos y hasta lo último de la tierra. Esperanza en el glorioso retorno de su amado Jesús.

La congregación unida por la fe en el Aposento Alto estaba conformada por los apóstoles, los discípulos, hombres y mujeres que no tenían estrategias, ni planes, sino una sola promesa: “Recibiréis poder” cuando venga sobre vosotros el Espíritu Santo, y para ello debían esperar y orar, porque les faltaba Alguien. Nadie puede dar lo que no tiene, y para ser testigos de Jesús, solo puede hacerse con el poder de su Espíritu, porque solo el Espíritu nos acredita como testigos del resucitado. Para que podamos recorrer el camino enraizado de dificultades y de cambios radicales, para asumir los desafíos que entraña ser iglesia de Cristo en estos tiempos, tenemos que saber que solo pueden ser superados con el poder del Espíritu Santo, porque ¿cómo poder amar a quien nos odia; cómo gozarnos en medio de la tristeza; cómo ser pacificadores frente a tantos conflictos; cómo ser bondadosos ante tanta maldad; mansos contra tanta violencia; y templados ante toda tentación? ¡Solo con el poder del Espíritu Santo! Nuestra tarea hoy es la de conjugar los dones espirituales con la señal inconfundible del Fruto del Espíritu, cuya primera nota es el amor. “Recibiréis poder” para discernir lo que es edificante de lo que es destructivo; recibiréis poder, para perdonar en vez de condenar; recibiréis poder para construir una comunidad de fe que sea señal de vida y no de muerte; recibiréis poder para servir a los que más necesitan, sin que te duela por ello; recibiréis poder para edificar a tu familia con sabiduría, amor, honestidad y fidelidad siempre; recibiréis poder para transformar los corazones duros, en vidas consagradas a Cristo. Recibiréis poder para dar razón de la esperanza que hay en ustedes.

CON UN IRRENUNCIABLE COMPROMISO

Es así, que el poder del Espíritu convertiría a las y los discípulos en testigos de Cristo hasta lo último de la tierra. Había que empezar por los más cercanos y continuar hasta los más distantes; pero en todos los casos, había que anunciar de palabra y de hecho las virtudes del Jesús resucitado, que había venido a dar vida sin exclusión de nadie. Tenemos un ineludible compromiso que cumplir como iglesia: ser testigos de Jesucristo ¿Cuántos ancianos, adultos, jóvenes y niños en esta ciudad han sido bendecidos por el testimonio activo de Shalom en estos 18 años? Tenemos un gran compromiso: que nuestra comunidad de fe convierta cada palabra,

gesto y acción en semillas que produzcan frutos de vida como señales del Reino de Dios, pero siempre con el poder del Espíritu Santo como guía, fortaleza y consuelo nuestro. “Dios nos da semillas para que al cultivarlas con esmero, produzcan los frutos que alimentarán a muchos” ¡Somos semillas de la alta esperanza!

¿Qué espera el Señor de Shalom después de 18 años? Que sea una iglesia espiritual, sensible a ese poder del Espíritu Santo que hay en ella, y que cultive una vida de oración, de fe, de lectura de la Palabra, de piedad, y que asuma con firmeza los desafíos que está poniendo frente a nosotros como urgencia, pues se trata de personas que esperan que algo nuevo pase en sus vidas. “Hay que dar razón de nuestra esperanza”. El poder del Espíritu Santo iba a convertir a los primeros cristianos en testigos del Evangelio. Tenían que actuar en círculos concéntricos, empezando en Jerusalén, luego en Judea, para después lanzarse a Samaria, y, finalmente, hasta los confines de la tierra. Dar razón de nuestra esperanza es saber que lo que compartimos es cierto, nos consta, somos testigos de ello por lo que hemos vivido. Hace más de 18 años nos fijamos un objetivo fundamental: Compartir el evangelio a personas que no lo habían escuchado y no habían tenido la oportunidad de experimentar personalmente la transformación que se produce al vivir bajo el amor y la soberanía de Jesús, la dirección de sus enseñanzas y la presencia del Espíritu Santo en sus vidas; pero tampoco habían tenido el privilegio de cultivar la vida en una comunidad fraterna. Cada creyente compartiendo el mensaje a una persona, este era nuestro compromiso, de esta manera, al poco tiempo seríamos el doble, y así sucesivamente la comunidad cumpliría con su misión y su crecimiento natural ¿Lo logramos o lo dejamos en alguna parte de nuestro camino? Es verdad, estamos en otro momento distinto que al principio. Creo que sin dejar lo que hemos labrado y el espíritu con que lo hemos hecho, es tiempo de volver de manera puntual al objetivo que nos dio origen: ¡Hacer discípulos! ¡Compartir el Evangelio a toda criatura!, siendo una incansable iglesia que comparte lo que Jesús ha hecho con nosotros. Ser una iglesia que declara que ¡Jesucristo es el Señor! Y no me refiero a que nunca hemos dado testimonio de lo que el Señor ha hecho en nuestras vidas, y que algunas personas se han encontrado con él aquí en Shalom, lo que estoy haciendo es invitar a mi iglesia en esta mañana de aniversario a que de manera decidida y comprometida salgamos a esta ciudad, cada uno en su propio lugar de vida, actividad y servicio, y todos como comunidad, a los lugares donde el Espíritu Santo nos mueva para que compartamos la buenas nuevas de Jesucristo, a que digamos a la gente de esta ciudad, sea un familiar, un amigo, vecino, o un desconocido, que otro vida es posible en el nombre y con la presencia de Jesús en sus vidas y relaciones. Es tiempo de hacerlo, es el momento para comprometernos en esta tarea ¿Qué responderemos? Solo una fe arriesgada puede hacer la gran diferencia en una iglesia y en una ciudad. Los hombres y mujeres que recibieron esta promesa no eran distintos a nosotros, tenían las mismas dudas y pasaban por las mismas pruebas; tenían las mismas virtudes y las mismas flaquezas. Pero se dejaron abrazar por el Espíritu de Dios y aceptaron el desafío de creer que lo que Dios había prometido lo cumpliría. Es así que con denuedo salieron a las calles y anunciaron el inicio de una nueva era, de una nueva experiencia: “La del Reino de Jesús”, y el poder de su testimonio ha perdurado hasta nuestros días.

Amados hermanos y hermanas, solo Dios puede dar la fe, pero tú puedes dar tu testimonio. Solo Dios puede dar la esperanza, pero tú puedes dar confianza a tus hermanos. Solo Dios puede dar amor, pero tú puedes enseñar a amar a los demás. Solo Dios puede dar la paz, pero tú puedes suscitar la concordia. Solo Dios puede dar la fuerza, pero tú puedes sostener al desfallecido. Solo Dios es el camino, pero tú puedes mostrarlo a los demás. Solo Dios es la luz, pero tú puedes hacerla brillar a los ojos de todos. Solo Dios es la vida, pero tú puedes devolver a otros el deseo de vivir. Solo Dios puede hacer lo que parece imposible, pero tú puedes hacer lo que es posible. Hay que dejarnos que el Espíritu Santo encienda nuestros corazones, y hay que salir a dar testimonio de que Cristo es el camino, la verdad y la vida. Es tiempo de orar como al principio, y pedirle al Señor: “Ven como fuego que quema, ven como el viento que limpia, ven como una luz y revela. Convence, convierte, consagra, hasta que seamos totalmente tuyos”. Felicidades, Shalom, que el Espíritu Santo no guíe. **Amén**